

PRÓLOGO

Es la séptima vez que suspiro esta noche. O tal vez sea la octava, la novena o la décima, porque, siempre que veo a Lorenzo trabajando tras la barra del chiringuito del que es propietario regalando sonrisas por doquier, me tiembla todo, hasta la raya del pelo.

—Deberías trabajar un poco más en eso de cerrar la boca y no babear, Nora. Pareces una tía que está colgada y, además, das un poco de repelús. Y, ojo, que te quiero mucho, solo que el asco sigue ahí —suelta Sheila, que, como veis, afirma que me quiere, pero permitidme que lo ponga en duda.

—Das mucha muchísima pena —corroborra Irene, que tampoco es que me tenga mucho cariño, visto lo visto.

No las creáis cuando afirman que sí que sienten ese aprecio por mí, que soy su amiga de toda la vida, que las he visto vomitar hasta la primera papilla después de beber una combinación mortífera de tequila con lima y licor de almendras. Suena asqueroso, sin embargo, os garantizo que, tras el tercero, es como si estuvieses comiéndote la mejor carne del mundo en uno de esos restaurantes cinco estrellas y que sea otro el que pague la cuenta. No me vengas a negar que algo así no te sabe a gloria bendita, sobre todo, si no eres tú la que suelta la pela. Dicho esto, también las he visto mear detrás de un coche en las noches de feria y levantarse con el maquillaje pegado en la cara y esparcido por la almohada por no haber sido capaz de llegar siquiera al baño la noche anterior.

Ni confirmo ni desmiento que tenemos pruebas de todo ello, en las que yo no salgo indemne. Porque, bueno..., ¿qué haces cuando tu grupo de amigos no anda muy bien de la azotea?, pues convertirte en una más.

O puede que lo hayas sido siempre y no necesites mutar.

O quizá hayas comenzado tú la fiesta, porque sí, me gusta meterme en líos. De hecho, soy absolutamente propensa a hacerlo. Y reincidente.

—Y tú, ¿no tienes nada más que añadir?, ¿algo que pueda terminar de hundir mi moral? —le pregunto a Pol, que observa todo con los ojos entrecerrados.

Es muy majo. Es majísimo, siempre pendiente de todas nosotras, ejerciendo de hermano mayor, por así decirlo, y evitando que nos metamos en un lío mayor que el anterior o hagamos más el ridículo de lo que —por normal general— ya solemos hacerlo.

—Ah, espera, ¿tú tienes de eso? —No, esa respuesta no es de Pol, es de Sheila. A la que recogimos en un contenedor de basura. ¿Qué? Ni se te ocurra mirarme de esa forma, ¿vale? Tengo que defenderme.

Es pura ley de supervivencia. Como en la selva, tienes que demostrar que nadie puede comerse tu comida o pisotear tu comfortable cama de hojas de plátano. Solo que aquí no hay ningún bosque a la vista, porque estamos al lado del mar. Muy cerca, tanto que el salitre corre por mis venas, por las de todos nosotros, y nos encanta.

—No, no tengo nada que añadir a lo que ellas ya han expuesto. —O lo que es lo mismo: él también piensa que soy patética solo que prefiere ser educado y no hacer comentario alguno sobre ello.

Por eso lo quiero tanto. Por eso Pol es mi mejor amigo y siempre siempre lo será.

Observo de reojo a Gerardo, por si él sí que tiene algo que agregar. Desvía la mirada dando a entender que la cosa no va en absoluto con él y tengo la ligera sospecha de que es así, porque Gerardo es majísimo, pero se la suda todo un cojón de pato.

Si tiene que soltarte lo que piensa a la cara, lo hará y no sentirá remordimiento alguno por ello. No lo culpo, mejor fuera que dentro o eso es lo que se rumorea por ahí, porque yo tampoco soy experta en el tema. Digamos que a mí me cuesta mucho más hablar las cosas, soy más de llorar en silencio, como la que tiene almorranas o suspirar por duodécima vez por el tío del que lleva pillada unos meses y que no le hace maldito caso. Es más, Lorenzo tiene halagos y carantoñas para todas menos para mí.

Joder, que hasta a Melani, nuestra amiga..., que, por cierto, no está aquí esta noche porque acaba de tener un bebé —Lorenzo, un bebé, ¿lo entiendes? Ella no está al alcance de tu radar chupatotos porque está fuera del mercado. Yo no. Yo estoy libre. Li. Bre—. En fin, que hasta con Melani, hasta con ella se deshace en alabanzas y flirtea, ¿y a mí?, sonrisas comedidas y poco más.

Qué injusta es la vida.

A lo mejor debería operarme las tetas, ponerme bótox y depilarme las cejas con más regularidad. Esto último me da mucha pereza, prefiero la aguja en la cara, en fin, que ni maldito caso me hace el chaval, y empiezo a desesperarme. Nada tiene que ver con que haya pasado más de seis meses detrás de él, no, por supuesto que no. ¡Joder, claro que sí!

—Cielo... —Uy, uy, uy, aquí se avecina algún tipo de charla motivacional sobre lo que debo hacer, porque sé que todos, absolutamente todos, están hasta las narices de aguantar

mis lloriqueos sobre el motivo por el que Lorenzo pasa de mí como de comer mierda, y yo sigo ahí, erre que erre. Ya veis, soy de las que no se rinden con facilidad.

A todas estas, deberíais saber que sigo ahí erre que erre y no hago nada porque la cosa mejore porque me da vergüenza, porque me paraliza que me rechace y no poder poner tierra de por medio porque vivo aquí desde que nací, trabajo aquí, mi familia y mis amigos también están aquí y porque no quiero huir como una maldita cobarde.

Aunque, pensándolo bien, de valiente no es estar esperando a que suceda un milagro, ¿no crees? No, mejor no respondas. Gracias.

—Cielo... —insiste cuando fijo mi atención en ella—. De veras, si tanto te gusta ese chico —añade. Pol chasquea la lengua y, cuando lo observo, se limita a fruncir los labios y a poner los ojos en blanco. Es el amor de amigo, lo sé, lo noto, está ahí—, deberías hacer algo.

—¿Algo como qué? —le pregunto a Irene, que es la que ha comenzado a soltarme el discurso.

—Algo como ponerte las putas pilas, lanzarte, comerle toda la boca y pedirle que lo que quieres que él te coma es otra cosa. Más al sur.

Os presento a Sheila, es una bruta, y la queremos igual.

«Hola, Sheila, te amamos».

—Estoy con ella —apunta Gerardo justo antes de darle un largo sorbo a su bebida—. Porque estamos hasta las narices de escuchar lo mucho que te gusta y lo poco que se fija en ti.

Vengaaaa, otra dosis de realidad en forma de dardos envenenados.

—¿Y vosotros os hacéis llamar mis amigos? —inquiero ofuscada.

Que sé que tienen razón, joder, lo sé, ahora bien, que te lo suelten así, sin anestesia, sin tequila, lima y licor de almendras, pues te escuece, claro que lo hace. Y el que diga que no miente. No te lo creas, ni una sola palabra.

—Dejadla en paz —me defiende Pol.

—Pol... —suspira Irene, que clava la vista en él.

Es como si estuviesen hablando en un lenguaje propio, como si se estuviesen diciendo algo entre ellos, algo que solo entienden los dos. A ver si he estado tan despistada este tiempo observando a Lorenzo y no me he dado cuenta de que Irene y Pol se gustan.

Porque Pol es un tío que está bueno, ¿vale? Muy bueno. Tiene cuerpazo, tiene unos ojos espectaculares y lo mejor de todo es que tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Irene... Si me puedo reencarnar algún día, me pido su cuerpo o, si me vuelvo lesbiana, la elijo a ella. Aunque, teniendo en cuenta mis antecedentes, es probable que me la robe otra, porque se me da tirando a mal eso de lanzarme a la piscina.

—¿Sabes lo que creo? —Sheila interrumpe mis pensamientos lésbicos y centro la atención en ella.

—Que Dios nos coja confesados —masculla Gerardo, que se lleva el botellín de cerveza a la boca.

Si las miradas matasen, me temo que Gerardo estaría a las puertas del infierno por cómo lo ha mirado Sheila.

Estos dos siempre como el gato y el ratón.

—Los tíos son muy básicos, nena —murmura Sheila obviando a conciencia que está justo delante de dos personas de ese mismo género.

—Gracias —masculla Pol.

—Todos menos tú —lo consuelo.

Él solo me regala una sonrisa preciosa.

—Los tíos quieren eso que no pueden tener, no sé si me he explicado bien.

Ocho pares de ojos se clavan en ella, la estudiante de Filosofía, burra como ella sola, pero inteligente a tope de *power*.

—Eso es un tópico de mierda —añade Gerardo.

Vaya, parece que alguien se lo ha tomado a pecho.

—No lo es —zanja Sheila y lo hace de tal forma que a ver quién es la guapa que le lleva la contraria; yo, desde luego, no, ni de coña, vamos—. Los tíos quieren eso que les resulta inalcanzable, eso que tiene nombre de fruta prohibida. Lo que desean todos y nadie puede tener. Son básicos hasta decir basta.

—Tú no —insisto mirando a Pol, que sigue la conversación, solo que no ha intervenido.

—Según tú —interrumpe Pol de pronto— los tíos queremos eso que no podemos tener. —Sheila asiente porque lo que ha hecho es repetir sus palabras sin más—. Y, una vez lo consiguen..., ¿se cansan?

—No he llegado hasta ahí —insiste ella—. Aprended de la mejor porque tal vez no os dure toda la vida.

—Esa breva no nos cae —arguye Gerardo, le regala una sonrisa páfida, y Sheila le obsequia con una peineta.

—Si le das lo que quiere, y no hablo de sexo —matiza antes de que alguno de los aquí presentes empiece a soltar comentarios obscenos, cosa que se nos da realmente cojonudo—, será tuyo para siempre.

Irene vuelve a observar a Pol, y me apunto mentalmente investigar sobre lo que se traen esos dos entre manos y el por qué no me he dado cuenta antes de nada de eso.

—Vale. Creo que lo he pillado —suelta Irene—. Entonces, para lograr que un tío se fije en nosotras tenemos que parecer imposibles de alcanzar.

—En efecto —sentencia Sheila satisfecha porque alguien haya entendido lo que quería explicar—. O bien... esa chica tiene que estar con otro tío. Lo inalcanzable, ¿recordáis? Lo que otro disfruta, y tú quieres por encima de todas las cosas.

—Eso es repugnante —suelto.

Aunque no dejo de pensar en si será cierto. Repugnante o no, puede que tenga razón.

Que ella es filósofa, y yo no, eso tiene que sumar puntos en algo, ¿a que sí?

—Tiene razón —acota Pol señalándome—. Y, según tú, ¿cómo encaja esto en que Nora deje de suspirar y pase a la acción?

¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Quién me ha señalado como el conejillo de indias? ¿Por qué siempre tengo que pringar con todo? ¿Por qué, señor, por qué?

—Tenemos que buscarle un novio a Nora —dictamina Sheila.

Y, si en vez de filósofa fuese abogada, estaría dando con el mazo ese en la mesa para dar por resuelta la polémica.

Los ocho ojos de antes se clavan en ella de nuevo y, además, subimos la apuesta porque todos tenemos la boca abierta.

—Claro, ahora mismo lo que podemos hacer es ir a la feria y sacar uno de la tómbola. O no, mejor aún. —Aplaudiv Gerardo, porque está claro que no es suficiente con su sarcasmo, no—. Ponemos un anuncio en el periódico. Yo lo visualizo. «Socorrista *buenorra* busca novio por temporada. Soy guapa, avispada y me cepillo los dientes. Nada de sexo».

—El sexo puede entrar en el anuncio si ella quiere —medita Sheila—. Nena, a nadie le amarga un dulce —matiza.

Desde luego, a mí el sexo no me amarga nada. Con Lorenzo va a ser una pasada. Lo sé. Lo presiento. Noto las feromonas sexuales en el ambiente, solo que se las regala a otras, claro.

En fin. Frunzo el ceño.

—No creo que sea buena idea.

—No lo es. ¿Un anuncio? ¡Venga ya! —intercede Pol dándome la razón y cruzándose de brazos, y todo para darle más énfasis al asunto.

—Nadie ha hablado de ningún anuncio. —Es el turno de que Irene y Sheila intercambien miradas de complicidad. Si Irene fuese lesbiana, Sheila ya me la habría quitado—. Puedes hacerlo tú.

Llevo la vista hacia donde señala Sheila. Y mis ojos se abren como platos cuando es Pol el que está al otro lado de su índice.

Pol. Mi mejor amigo, Pol.